



Cada país debe crear, mantener y

acrecentar el valor intelectual, moral

y físico de sus generaciones activas,

preparar el camino a las generaciones

venideras y sostener a las generacio.

nes eliminadas de la vida productiva.

Este es el sentido del

## **SEGURO SOCIAL:**

una economía auténtica y racional

de los recursos y valores humanos.

# SHERWIN-WILLIAMS

# PINTURAS

LA MEJOR CALIDAD EN EL MUNDO



SU CASA MERECE  
LO MEJOR . . .

## SWP

de SHERWIN-WILLIAMS

### PINTURA PREPARADA



La Pintura Preparada SWP de Sherwin-Williams es famosa en el mundo por su superior calidad. ¡Realmente una pintura en que se puede tener completa confianza! Al pintar su casa insista en que se use SWP para obtener el máximo grado de protección y belleza.



Almacenes  
**MARTINZ S.A.**

**AROELECTRICA, S. A.**

**SERVICIOS ELECTRICOS**

Cable: "AROELECTRICA"

BIBLIOTECA NACIONAL  
ERNESTO J. CASTILLERO R.  
1942

Avenida Cuba, No. 10  
Tel. 2156  
Apartado 143  
Panamá, R. P.

Avenida  
Justo Arosemena  
y Calle 12  
Tel. 1088-L  
Colón, R. P.

# **BIBLIOTECA SELECTA**

Publicación Mensual Dirigida por Rogelio Sinán

---

Año I — Diciembre de 1946 — Número 12

---

JOSE A. CAJAR ESCALA

## **CUENTOS DE NAVIDAD**

•

Nota de  
Diego Domínguez C.

Ilustraciones de  
Reinaldo de Pool

•

BIBLIOTECA SELECTA  
PANAMA  
1 9 4 6

## **BIBLIOTECA SELECTA**

Publicación mensual dirigida por Rogelio Sinán

Oficinas: Avenida Ancón 73

Apartado postal: 3181

Teléfono: 1436\_L

Panamá, R. de Panamá

*— ¡ Muchas Gracias! —*

AGRADECEMOS A LOS SEÑORES SUSCRIP-  
TORES LA VALIOSA COOPERACION QUE  
HAN VENIDO PRESTANDONOS HASTA AHO-  
RA. RECORDANDOLES QUE LA PRESENTE  
ENTREGA DE “*SELECTA*” CANCELA EL COM-  
PROMISO ADQUIRIDO PARA EL AÑO DE  
1946. LOS LECTORES QUE DESEEN SUSCRI-  
BIRSE PARA EL AÑO DE 1947 PUEDEN EN-  
VIAR (EN CHEQUE O GIRO POSTAL) LA SU-  
MA DE B/. 1.50 AL APARTADO 3181 O A  
NUESTRAS OFICINAS EN AVE. ANCON N° 73.

**Suscríbese a la**  
**BIBLIOTECA SELECTA**

### JOSE A. CAJAR ESCALA

Nació el 6 de Diciembre de 1915, en la ciudad de Panamá. Desde muy joven comenzó a interesarse por la literatura, y, siendo aún estudiante del Instituto Nacional, obtuvo el premio en un concurso de cuentos auspiciado por una agrupación del colegio, (la Sociedad Cervantes), cuya revista ("Preludios"), le tocó dirigir en dos ocasiones. Al conquistar su grado de Bachiller (1936) inició con el mayor entusiasmo sus estudios universitarios en la Facultad de Filosofía y Letras, pero, por causas económicas se vió impelido a abandonarlos (1939). Su falta de recursos le hizo aceptar un cargo de maestro en Cabuya, caserío apartadísimo situado en la Cordillera de Antón. Y, en el año 1941, ingresó al Departamento de Salubridad donde llegó a ocupar el alto puesto de Jefe de Brigada Antihelmíntica. Trabajó en diferentes lugares de la República inspeccionando especialmente las zonas rurales desde la Cordillera central hasta las calurosas regiones bananeras de Chiriquí. El contacto directo con la vida de nuestros campesinos le ofreció un material de incalculable valor para sus obras. Su primera novela, "El Cabecilla", mereció el Primer Premio en el Concurso Literario Ricardo Miró (1942) y un cuento suyo, ("Bocaracá") fué premiado también en un concurso de la Semana del Libro (1944). Vive actualmente en la capital y es Redactor Jefe del semanario "Mundo Gráfico" en el que escribe comentarios y crónicas. También tiene a su cargo un boletín de noticias que trasmite desde las Emisoras de Radio Miramar. Es partidario de la novela social y gran lector de los novelistas rusos de ayer y de hoy.



Nuestro próximo número

# Cuentos Guatemaltecos

Selección y Nota preliminar

por

Alfonso Orantes





## Nuestros Jóvenes Literatos

(Cuatro notas para un estudio posterior)

Por DIEGO DOMINGUEZ CABALLERO

— 1 —

*Ya dijimos, en otra ocasión, que el joven es el ser más angustiado del escenario político panameño. No confía en los partidos tradicionales. Comprende las fallas y claudicaciones de nuestra política criolla y su falta de armonía con el momento vital porque atraviesa la humanidad. Y es que hay quienes insisten en vivir hoy como vivieron su ayer, su triste ayer....*

*Comprende nuestra juventud que es deber del ciudadano tomar posición en política y luchar por una vida mejor. El joven insiste en vivir bajo los aires vivificantes de las nuevas corrientes y no en el clima asfixiante de cosas pasadas y momificadas. El mundo va hacia un sentido de justicia social; de distribución equitativa de la riqueza y la felicidad; de un respeto de la persona en todos los seres humanos, no importa cual sea su posición, su credo o su raza. Apegarse*

— 5 —

*a un conservatismo que significa congelación de la costumbre, mantenimiento de un desgraciado estado de cosas es, desde todo punto de vista, una traición al grupo social. Y es que a la actitud individualista del viejo liberalismo ha de seguir necesariamente una preocupación por lo social que, respetando la persona humana, recordándonos que todos somos hijos de Dios, tenga presente que no hay derecho a que unos cuantos posean todo el capital y todos los medios para ser felices. El joven, mejor que nadie, ha comprendido el momento que vive la humanidad y ha escogido, sin temor, su posición. Es menester terminar con un estado de cosas en que una determinada clase social o, como entre nosotros, un determinado grupo de familias, tienen todos los privilegios, mientras la otra lleva todos los sacrificios y todos los dolores y todas las amarguras.*

— 2 —

*Esa actitud de crítica social se refleja magníficamente en nuestra literatura joven. Esta literatura nuestra que apenas si comienza a librarse de una actitud artificial y forzada para entrar por el pleno camino de la liberación. Nos referimos, por ejemplo, a la crítica sabia e irónica de los prejuicios sociales, que vale por mil artículos y discursos y que hace Rogelio Sinán en ese cuento magistral intitulado "TODO UN CONFLICTO DE SANGRE"; la descripción de nuestro funcionario público en PUEBLO-PUERTO de José María Sánchez B.; la forma en que se refiere a nuestras costumbres ese escritor de estilo atractivo que es*

— 8 —

*Ignacio de J. Valdés; los excelentes cuentos regionales de Julio B. Sosa, Lucas Bárcena y Moisés Castillo; las descripciones de ese magnífico observador que es Fito Aguilera...*

— 3 —

*Y es desde este mismo punto de vista de crítica social desde el cual escribe José Agustín Cajar Escala. Producto del pueblo, sabe y comprende sus dolores porque él mismo los ha vivido. Encontramos en casi todos sus escritos un inconfundible sabor a apuntes biográficos. EL CABECILLA, la mejor de sus producciones, termina de este modo: "...llegará el día en que un cholo tome la dirección del movimiento de reivindicación y sin afirmar sus aspiraciones en la promesa de un pueblano embustero, realice lo que todos han deseado desde los días de Victoriano Lorenzo hasta hoy: Mejores medios de vida y la consideración de humanos que como tales se merecen".*

*En estos dos cuentos que nos ofrece Cajar Escala en esta entrega de SELECTA, preferimos LA MUÑEQUITA DE EVA. El primero, LA CENA, más que un cuento nos parece una pieza teatral. Existen en Cajar Escala magníficas posibilidades para escribir piezas dramáticas. Quizás se podría criticar el diálogo que a veces se vuelve un poco formal y declamatorio. En boca de uno de los personajes de este cuento aparece un párrafo que justifica este apunte nuestro acerca de la crítica social: "Cuando la sociedad tenga suficiente valor para exponer errores y fracasos, cuando los hombres seamos menos cobardes y en consecuen-*

— 9 —

*cia honrados unos con otros, entonces podremos poner en la picota a tanto picaro con careta de íntegro que pregonan en los parques sus virtudes y hacen alarde de una solvencia moral que están muy lejos de poseer".*

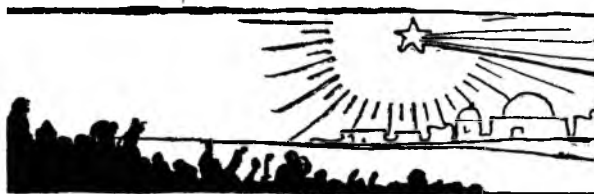
*En la MUÑEQUITA DE EVA la trama es accidental y realmente no cuenta. Lo magnífico es su descripción del ambiente físico y emocional. Late en su fondo un reproche hacia el abandono y olvido en que tenemos sumido a nuestro hombre interiorano.*

*Yo diría que tanto EL CABECILLA como estos cuentos de Cajar Escala no son más que punto de partida y de arranque, no de llegada. Aún esperamos la obra de Cajar Escala. Sus cuentos no han hecho más que anunciar lo que será.*

— 4 —

*Nosotros comprendemos la lucha del joven literato panameño en un ambiente sumamente limitado, donde los menesteres del espíritu apenas si logran despertar interés; sin una retribución económica por el esfuerzo; con un público lector mínimo; con la seguridad de que cuando su crítica alcance ciertos sectores privilegiados, éstos se volverán contra el osado y le cubrirán de obstáculos el camino. Cuando a pesar de todo tenemos quienes insisten y luchan, la actitud es heroica y merece nuestro aplauso y nuestro aliento. Y este es exactamente el caso de los jóvenes literatos panameños.*

— 10 —



## LA CENA

**"Tus hijos no son tus hijos,  
son los hijos y las hijas de  
la vida que se ansía así  
misma".**

**KAHLIL GIBRAN**

—¿Vendrá?

—¿Cómo no ha de venir? ¿Acaso ha faltado alguna vez a pesar de todas sus ocupaciones y ajetreos? ¿No ha llegado siempre esta noche con sus regalos sorpresivos y su sonrisa afable tan característica en él desde cuando era adolescente? —Don Alfonso González habla con pausa, cual si temiera lastimar la entonación de sus palabras con algún apresuramiento.

—Es cierto, —responde doña Faustina desde su sillón— pero es que los viejos somos tan pesimistas!.. Quizá sea por los golpes con que a diario nos inculca sus enseñanzas el destino. Ya ves, todos se han ido:

unos más lejos, otros más cerca, pero muy pocas veces vienen por aquí; al hogar bullicioso de hace muchos años ha seguido la soledad del principio, de los primeros meses de nuestro matrimonio; pero a diferencia de esa época, ahora no tenemos los propósitos de entonces, la mirada tendida hacia el mañana, sino que matamos el tiempo rumiando nuestro pasado cual si fuera una inmensa tela que jamás se acaba de cortar. ¿Recuerdas aquella época, Alfonso?

—¿Cómo no la he de recordar, Tinita? Crees que pueda borrar de mi pensamiento los días iniciales de una vida que hemos pasado juntos? Eso, sabes bien, no ha de suceder jamás.

La esposa se levanta emocionada y empujando su cuerpo enjuto y encorvado bajo el peso de sus cincuenta años, demarcados intensamente por una vejez prematura, se sienta junto al esposo.

—¿Jamás has dicho? ¿No piensas que nuestro mundo está limitado por un telón que sólo se levanta para los que mueren? Has olvidado quizá que en la vida de la humanidad no cabe la palabra jamás?

—¿Ya vienes con tus teorías, te imaginas que soy tu auditorio ante el cual dictabas tus conferencias o tus alumnos de los días de profesorado?

—Bien sé que no, querido, todo eso se ha ido quedando atrás con la animación de otras épocas. Ahora, sólo nos queda la paz del hogar donde hay tiempo suficiente para hacer un análisis de nuestras acciones y arrepentirnos de los actos que, en el balance sereno de nuestras conciencias, parecen equivocados. Esta es una vida lenta que la pasamos, yo entretenida con mis costuras, tú siempre leyendo o discutiendo con tus

amigos cosas sin solución allá en el parque. A veces, y muy pocas por cierto, nos unimos para hilvanar conjuntamente esos recuerdos, como estamos haciendo aquí, evocando los días de las continuas preguntas, cuando los hijos te rodeaban e inquirían sobre la realidad de sus largas cartas sin sentido enviadas al Niño Dios.

—Es cierto, Tina, los viejos sentimos cierta fricción al recordar esas cosas; es como si nos rejuveneciéramos al sumergirnos en el ayer. Por ejemplo, no puedo olvidar el asombro que produjo a Marcos la primera vez que le compré un ferrocarril; aquella expresión de sus ojos desmesuradamente abiertos, y esa alegría incontenible que se sintetizó en un grito: “Mira papá qué bonito, mira, qué bueno es el Niño Dios!”

La mirada del veterano, cansada y lejana, se pasea lentamente por las paredes del recinto donde campean cuadros de paisajes españoles, tierra de sus padres, que él recuerda apenas, vistas a través de las historias que aquellos ancianos le refirieran cuando niño. Doña Faustina lo observa con un sentimiento de ternura, que sólo cabe a la cima de esas edades cuando se está en la etapa final del camino, y muy lentamente, como si no quisiera turbar sus pensamientos, le dice:

—En verdad, creí que se volvía loco: Tener un ferrocarril había sido siempre su gran sueño. Qué delicia cuando vemos realizarse un sueño; ¿es cierto? ¿Recuerdas a Serafín? Tan susceptible sus nervios parecían un frágil haz de varillas que amenazaba quebrarse a cada instante; siempre me parece mirar su cara fúnebre el día en que la pelota de colores rebotó sobre el balcón y un carro la rompió en la calle. Sus

ojos rojizos, llenos de lágrimas me reflejaron su hondo dolor. Inconscientemente me enternecí, lo traje a mis brazos y comencé a consolarlo, entonces apareciste tú....

—Sí, aparecí para reprenderte; tú fuiste culpable de su inestabilidad nerviosa porque lo tenías sumamente mimado. Por motivo de su débil contextura, quise evitarle toda lucha, todo sufrimiento, convirtiéndolo en un muchacho tímido. Y pensar que has pregonado por todas partes que la vida es eso: lucha y sufrimiento.

—No sé por qué, Alfonso, cuando hablamos de Serafín criticas mi debilidad ante sus caprichos y esa fortaleza de enfrentarme a ti las veces en que lo tratabas enérgicamente; pero es que las madres tenemos la intuición de las cosas, yo sabía que mi Serafín no duraría mucho.

—¿Ya vas a llorar? Siempre que nos referimos a él has de terminar con un moqueo. ¿No te he dicho que es más heroico clavarle el dolor muy adentro, como una puñalada, a dar esos espectáculos?

—Cómo te equivocas, — responde vivamente la cónyuge mientras se enjuga las lágrimas que aparecieron en sus párpados— ¿cómo quieres engañarme; no estás hablando ahora de una manera muy distinta a lo corriente, con un tono que denuncia la emoción que sientes al recuerdo de nuestro pequeño muerto? ¿no es eso un espectáculo también?

Don Alfonso guarda silencio, se levanta, se acerca a la radio y hace tamborilear sobre ella la yema de sus gruesos dedos.

—¿Qué hora es? —pregunta en voz baja.

—Las ocho y media.



—Es temprano; ven, vamos al balcón.

El la espera, le acomoda el paño que lleva sobre sus hombros, y ambos, se dirigen hacia afuera.

La Avenida Central se estira inquieta con su ruido de carros y agitación de transeúntes. Es veinticuatro de diciembre y todos los habitantes de la ciudad abandonan sus hogares en busca de un juguete o de algún regalo; los almacenes parpadean con sus ojos de colores y la sombra de la gente se recorta en las aceras iluminadas; muchos salen colmados de paquetes tropezando unos contra otros, en una marejada constante que se mueve e invade las anchas puertas de los establecimientos.

Los esposos contemplan desde arriba la agitación de la hora y sus ojos parecen perderse en busca de algún conocido.

—Qué te parece Tina, siempre es lo mismo, para esta fecha todo el mundo quiere comprar algo: ya sea para los hijos, para la esposa o para la novia. Cada cual dentro de sus capacidades, ¿verdad?

—Es cierto, no importan las dificultades de los días ulteriores, porque lo esencial es tener algo para Navidad. Tú que ves mejor Alfonso, ¿no es ésa Regina, la lavandera? Cuántos paquetes lleva! Seguramente para eso quería que le adelantásemos los dos meses de lavado. Qué contenta, ve, nos está saludando; ella es. Pobrecita, ¿qué habrá podido comprar con quince balboas? Son seis muchachos los que tiene!

—Nada; están tan caros los benditos juguetes! Es que esos comerciantes son unos ladrones, Tina, han tomado el sonsonete de la guerra como escudo para esquilmar al cliente. No es posible que las cosas hayan

hasta cuadruplicado su valor. Ellos se aprovechan de la disposición que tienen todos en estos días, en los que ni siquiera se pide rebaja. ¿Recuerdas los tiempos de los muchachos? Cuántas cosas se compraban con poco dinero! Los juguetes eran mejores que los de ahora y tú con unos cuantos reales te llenabas hasta no poder caminar. Ayer fui por casualidad a un almacén, pregunté por un carrito para Roberto, nuestro ahijado, y hube de contenerme para no decirle un disparate al dependiente. Mira, que cobrarme cinco balboas por un pedazo de palo con cuatro ruedas?

—Pero los tiempos tienen que cambiar, Alfonso, todo ha subido relativamente. Tú ves que entonces una cocinera trabajaba hasta por cinco balboas y un dependiente por veinte; ahora, no encuentras una empleada que sirva de algo por menos de veinticinco y un dependiente, tú mismo se lo has oído al turco Isaac, gana sesenta y se haya mal servido.

—Bah! Isaac, precisamente por ser turco es más audaz. Esa gente no ama más que el dinero; quieren explotarlo todo, al cliente y al empleado, para amasar una fortuna que irán a despilfarrar a su tierra; todos son iguales. Fíjate en los hindúes, son lo mismo, parece que eso fuera patrimonio de los asiáticos; tienen una sed inconmensurable de dinero y una avaricia que los consume. Yo no deseo tener plata así; no quiero ni el fastidio de pensar que un empleado me puede hurtar veinticinco centavos, que el contable me hace mal las cuentas, que la mercancía puede venir húmeda y producirme pérdida; no quiero eso, es una vida más miserable que la de aquel peón que en las tardes se sienta en su cuarto ruinoso, con sus hijos harapientos

e ingiere un plato de arroz con frijoles y un tasajo. Estos son los eternos felices.

—Vaya con tu razonamiento! Sin preocupaciones nadie puede tener algo; precisamente, si el pensamiento es lo que nos aparta del animal, debemos utilizarlo; crees que sin preocupaciones hubiéramos podido llevar esta vida un poco fácil que poseemos y criar nuestros hijos como lo hemos hecho? ¿Piensas por un momento que si hubiéramos seguido la vida indolente del peón, no estaríamos en la misma posición de ellos?

—Tú te has ido por otro lado, Tina, no le he negado el valor a la preocupación, ni el uso del pensamiento como un medio para mejorar, sino que he condenado las inquietudes que se basan en la obtención de un real, posponiendo los más elementales sentimientos humanos, sacrificando un mínimo de confort y hasta una indispensable alimentación.

—Pero es que el auge del comercio se debe a la abundancia de dinero, a los grandes trabajos que se han abierto en la Zona y a la gran cantidad de individuos que han llegado a la capital.

—Si hablamos sin apasionamiento y vemos las cosas tal cual son, hemos de aceptar que con los sueldos que se pagaban anteriormente se vivía mejor. Más ganaba entonces el campesino que vendía un quintal de maíz en quince reales que ahora cuando lo cotiza a a tres balboas, porque el valor adquisitivo de entonces estaba mucho más elevado. Ya lo vez en el elemento interiorano que ha llegado aquí; qué ha ganado o qué gana? Nada. Comida cara, cuartos estrechos y caros también y por último, para confundirlo, el vicio y la corrupción que lo asaltan por todas partes.

Los únicos que cantarán gloria al final de esta época serán los dueños de cantinas, cabarets y burdeles. Nosotros o mejor dicho el país, contemplará una generación de individuos enfermos, viciosos, degenerados moral y físicamente.

—Tú eres muy pesimista, Alfonso, ¿no crees que hay un sector que ha permanecido apartado de esa farándula y que se mantendrá incontaminado?

—Un sector, un pequeño sector como el de los cristianos en el desenfreno de Babilonia, un sector cuyas voces se apagarán ante el estrépito del bandalaje. En verdad Tina, desapasionadamente, el destino de nuestro país es sombrío, porque cuando esta edad de oro termine, vendrá la época del robo y del pillaje.

—Es cierto, pero esas son las cosas sin solución que te hacen perder tiempo en el parque casi todas las noches. ¿No crees que debemos entrar? Hace frío.

Doña Faustina se arrebujó con el paño de manila y se acuñó al lado de su fornido esposo, mientras trasponen el umbral de la puerta.

—María.

—¿Diga la señora?

—¿Cómo va la cena?

—Todo está como usted me dijo.

—La ensalada la hicieron conforme a mis indicaciones? No olviden el aceite, es el de la tablilla; cuidado se equivocan como pasó la otra vez. Los tomates del arroz los lavas bien. ¿Ya está el pavo?

—No señora, le falta un poquito, ya le apagamos el fuego al horno para que no se queme.

—Está bien.

—Por supuesto, —interviene Don Alfonso quien la ha estado observando —vamos a tener una cena macanuda como sucede cada vez que tú la diriges, se ve que no has perdido tus dotes de buena cocinera.

—Ojalá todo quede bien; me dolería muchísimo que Marquitos no saliera completamente complacido esta noche.

—¿Cómo no ha de salir, mujer, que mayor complacencia la de estar un rato con sus viejos recordando épocas pretéritas?

—Es verdad, a veces me vuelvo un poco tonta.

Los cónyuges guardan silencio y se sientan en sendas mecedoras las cuales se balancean al compás de sus recuerdos; él saca un cigarro y lo enciende mientras ella no deja de contemplarlo.

“Casi no ha cambiado,—se dice,— lo mismo que siempre, un poco arrugado nada más, pero con la misma energía y la misma vehemencia para sostener sus puntos de vista. Cuando lo veo así, sentado frente a mí, con su pelo blanco que le cae sobre las sienes, pienso en la felicidad que hemos saboreado; ha habido fricciones indudablemente, pero todo eso se va quedando hundido en el pasado, sólo subsisten las cosas que más fuertemente se han ahondado en nuestros espíritus”.

—Bueno vieja, ¿qué piensas, o es que ya estás con sueño?

—Qué va, recordaba nuestras cenas anteriores, como han ido reduciéndose hasta quedar ahora, desde hace dos años, convertidas en un trío. ¿No te parece que todas esas cosas en una noche como ésta tienen alguna significación? La última que faltó a la

mesa fué Edelmira hace dos años ya...

A la pronunciación de ese nombre, el rostro del veterano se nubla y un espeso ceño cruza la frente, ella lo nota y se muerde los labios.

—No te he dicho una y mil veces que no deseo oír ese nombre en esta casa? Y es precisamente en esta noche, en la que siempre estamos alegres y pareciera que reviviéramos la felicidad de hace treinta y cinco años, cuando vienes a turbarme con esta alusión?

La voz de Don Alfonso suena vibrátil, portadora de una inmensa cólera que él se esfuerza por reprimir.

—Debería pedirte perdón por haber provocado este incidente, —responde la esposa con voz firme y sonora—pero me parece que esa actitud tuya es hasta cierto punto injusta; ¿no es ella también nuestra hija?

—¡Era! —interrumpe con vehemencia. —Después de aquel incidente, tú lo sabes bien, ha muerto para mí. Sé que tú no comprendes estas cosas, porque siempre miras todo desde un punto sentimental, el mismo que escogen los cobardes para esconder su derrota.

—Así que tú llamas cobardía mantener vivo el amor de madre, un amor amasado durante veinte años a la orilla de la cuna, en días como éstos en los que la mejor muñeca, el mejor jueguecito de tazas, era suyo? ¿Crees acaso que puedes olvidar alguna vez su sonrisa angelical, esos rizos dorados que le caían tan bien y que luego de hechos se acercaba a tí mimosamente para que los besaras?

—Te he dicho, y tú lo sabes bien, que ella ha muerto para mí; esas cosas están mucho más lejanas que las de Serafín, a pesar de que murió primero, porque lo hizo en una forma más digna.

—Cuando te oigo hablar así casi no te conozco; pero es indudable que has tenido que sufrir mucho para olvidar la chiquilla tierna de entonces.

Cuántos recuerdos se agolpan a mi mente al pensar en ella! La vez en que el Niño Dios le “puso” aquella muñeca del traje rojo, con unos rizos como los suyos, recuerdas? Te dijo: “papito, bésala como a mí para que veas como se ríe”. Está tan ligada a todas nuestras cosas, a nuestros hijos; cómo la querían Marcos y José Luis, le llevaban la muñeca en el carrito que les compraste y se la paseaban por la acera. Nunca habías reído como el día en que te preguntó si la muñeca haría su primera comunión.

—Basta Tina, tú sabes que todo eso lo recuerdo, pero no puedo olvidar su acción que mancilló un nombre cuya reputación yo había cuidado con energía durante muchísimos años; un nombre por el cual pasamos tú y yo muchas privaciones. Y ella, esa chiquilla a quien yo adoraba, a quien hasta muy crecida mecí entre mis brazos, a quien todo el mundo hacía regalos para Navidad porque era tan bonita. A esa chiquilla, que ya en la escuela secundaria yo mismo llevaba a comprar los regalos de sus amigas y no dejaba de obsequiarle una muñeca, cada vez más costosa, para que no olvidara sus hábitos infantiles; ella, se olvida de todo y permite que mi nombre se arrastre en boca de la gente y se me mire con una son-

risa despectiva que ha sido una burla sangrienta a mis acaloradas defensas que hice siempre del honor. Dónde quedó mi honor dime, dónde? Con los jirones de su perversidad. Cómo crees que puedo permitir que por un instante se la recuerde en mi casa?

Doña Faustina trataba de contenerse ya que no era su intención continuar la disputa, pero una emoción muy fuerte la obligaba replicar los argumentos del esposo; se inclinó para explicarse pausadamente, pero en ese mismo instante entró Marcos.

—¿Qué es lo que ocurre, se están querellando? ¿Cómo es posible que escojan una noche como ésta para arreglar sus diferencias?

Miró inquisitivamente a Don Alfonso y luego a su madre. El viejo respiraba con celeridad y tenía el rostro congestionado por la cólera; en sus ojos se advertían tintes rojizos mientras sus manos involuntariamente se aferraban a los brazos de la mecedora.

—No Marcos es que... Bueno, Tina tiene unas cosas... tú sabes lo que es tu madre, siempre ha sido lo mismo. Mira, que hablarme de ésta hoy, cuando ella sabe que no quiero oír su nombre aquí:

—Pero tú sabes bien, hijito,—repuso Doña Tina con la voz casi quebrada por el dolor—que no pasa un momento sin que la recuerde y ruegue a Dios que un día su padre la deje llegar a esta casa.

—Cuando he dicho que no deseo oír su nombre aquí es porque anheló borrar de mi memoria tanta infamia arrojada contra mí. Yo comprendo lo sentimentales y cómplices que son las madres; se muy bien que procuras verte con ella cuando puedes y la escribes a casa de Marcos para que venga a Pana-



má, y le pagas pensión, y, engañándome con cualquier pretexto, la vas a ver. Yo jamás te he dicho algo, porque sé que ello es inútil y habría de reñirte a diario; pero si tengo la fuerza capaz de permitirte tales cosas, debes tenerla tú también para no mortificarme con alusiones ridículas que evoquen su recuerdo.

—Si lo he hecho hoy después de más de dos años del suceso es porque sé que ella llora por acercársete, arrastrada si es posible, para usar sus propias palabras, pues no quiere ya continuar viviendo sabiéndose muerta para tí.

Don Alfonso González ya no sabía como detener su cólera, se estremecía continuamente y miraba a su mujer y a su hijo, recordaba que era Noche Buena, pero al pensar en el motivo que discutían sentía que la sangre ascendía hacia la cabeza y mil palabras gruesas se atropellaban a su garganta en busca de salida. Marcos se encontraba confundido ya que confrontaba una situación difícil. El quería entrañablemente a Dilma, la había adorado desde pequeña, y por eso quizá fue el único en comprender su tragedia.

Edelmira González en la plenitud de su hermosura, cuando el porvenir se le presentaba lleno de promesas y faltaban pocos meses para graduarse, se había ido con el hombre de su adoración, en quien había puesto todas sus esperanzas. De nada valieron las fulminantes amenazas de su padre, ni las recriminaciones y consejos de Doña Tina. Ese hombre significaba para ella todo. Que se había burlado de muchas, que no tenía concepto claro del honor, que odiaba el trabajo, todo eso era falso porque lo amaba con todas las fuerzas de su vida. Muchas cosas le dijeron y pudie-

ron haberle referido más pero ella no había puesto atención. Sólo escuchaba los acordes íntimos de su amor, las palabras que vibraban en su alma. Lo quería y estaba dispuesta a desafiar el mundo por él. Así fue como aquella noche, tras una tarde de cine, cuando él le habló de un hogar, de que todo lo tenía pero su familia jamás le habría de dar oportunidad para el matrimonio y sobre todo cuando se refirió a los hijos fruto de un amor basado en la complacencia mutua, se entregó inconscientemente. Por desgracia no fué así: Luego de saciado el apetito mezquino se aprovechó de su sueño feliz y apacible y la abandonó. Ella, que jamás supo lo que era mentir, no tuvo el valor suficiente de regresar; corrió a casa de su hermano bañada en lágrimas y le contó lo horroroso de su tragedia. El la miró intensamente, quiso marcharla de su hogar, un hogar honorable que se amoldaba a todas las exigencias sociales que le habían enseñado desde pequeño, pero, luego de pasada la impresión, no pudo imponer tales normas a un amor, casi una veneración que siempre le había guardado desde niño... Después, la persecución, el culpable que huye, un padre que niega toda participación de la justicia y sólo pone como defensa de su honor mancillado el desprecio absoluto hacia la hija y la negación de su existencia... Por ello, cuando escuchó a su padre hablar con toda la experiencia de sus largos años de vida cuyo objeto primordial era la ubicación de sus actuaciones dentro de las más estrictas líneas de la honorabilidad no supo que contestarle de momento y contempló a ambos con mirada extraviada.

—Tú Marcos, continuó Don Alfonso, que eres hombre también, puedes comprender como yo estas cosas, tú sabes que no hay otra alternativa, esto es así.

Esta alusión fué para él como un latigazo, y casi inconscientemente comenzó a hablar, deteniéndose en cada frase para contener su impulsividad.

--Padre, cuánto debe usted haber sufrido en aras de ese amor al cual dedicó gran parte de su vida y nosotros todos nuestros sueños; sólo puede odiar con tal intensidad aquel que es capaz de amar como Ud. lo hizo. Es cierto que sus ilusiones están rotas; que todo lo que usted pensó forjar en el espíritu de esa chiquilla yace hoy en el sitio de los propósitos que no se pudieron realizar. Sé también que su credo del honor, credo muy español que no acepta explicaciones, le impide reconciliarse, por un momento, con aquella que se salió de la línea recta que exige nuestra sociedad, que saltó sobre todos los convencionalismos y se entregó al hombre a quien amó un día.—Doña Tina le mira insistentemente cual si quisiera interrumpirlo pero él no le da oportunidad—¿Qué culpa tiene ella, padre, de que ese hombre la traicionara en su más íntimos anhelos y en vez de brindarle un hogar la dejara en el arroyo? ¿No piensa usted que fué más honorable abandonar la casa, a regresar y ocultar su desgracia, como lo han hecho muchas, inclusive hijas de acrisolados caballeros, fieles devotos del honor? ¿Dígame, hubiera usted preferido que en esa noche fatal, cuando ignoraba todo, ella hubiese regresado aquí y seguido manteniendo la misma situación moral ante esa sociedad a la cual usted teme tanto?

Cuántas veces, desde entonces, hubiéramos soporado la mirada del infame que hasta nos habría saludado con una sonrisa que calificaríamos de amable sin saber que era una burla sarcástica? Oh, padre, cuánto siento el sufrimiento suyo, pero también me alegro de que el hecho se hubiera resuelto así.

—Lo único que saco en conclusión Marcos, después de esta confusa declaración tuya es que también estás contra mí. Qué le vamos a hacer: Yo no lo esperaba.

—No sé como definir mi posición, padre; contra usted no estoy. Lo comprendo en todo cuanto cabe de sufrimiento, su dolor que ha ido paulatinamente minando los cimientos de su existencia, que lo ha envejecido mucho más rápido que las intensas luchas cotidianas y los intrincados problemas económicos que otrora hubo de resolver. Pero aún vacilo si justificar esta obstinación contra su hija o admirar la manera estóica como ella ha sabido dominar el sufrimiento desde aquel día aciago en que arruinó su vida, esa vida arrastrada entre el dolor, al sentirse repudiada por su padre, el hombre que ella pensó sería el primero en comprender su tragedia y que ha de ser el último en retirarle su desprecio.

—Y no he de hacerlo jamás, Marcos. Es mi única arma, la única con la cual me defenderé toda mi vida. Si alguna vez me hubiese querido, como dice ahora, no hubiera sido capaz de ultraje semejante. Ella no me ha querido jamás; es el ser más abominable del mundo.

—Alfonso por favor, ten piedad,—interviene la esposa con los ojos arrasados en llanto.

—¿Piedad? ¿Acaso la tuvo de mí? No has observado cuánto he envejecido durante estos dos años? Por favor Marcos y Tina, esta no es noche de considerar estas cosas, esta noche es Noche Buena.

Doña Faustina se seca las lágrimas, suavemente aparta a Marcos quien se le ha acercado y, quitándose el paño que aún lleva sobre sus hombros, exclama:

—Tú has dicho siempre, Alfonso, que esta noche, víspera de Navidad, es cuando todos los espíritus se afanan por ser buenos, por olvidar sus resabios, sus aberraciones; cuando son capaces, abandonando todo orgullo, de confesar sus errores y sus máximas simpatías. Cómo es posible que precisamente en esta noche en la que nos reunimos con toda solemnidad ante la mesa como desde hace treinta años, no seas capaz de comprender en toda su amplitud la tragedia de tu hija, que es mi tragedia también, y en un arranque de bondad la perdones?

—¿Y por qué la tragedia de tu hija y no la mía? ¿Tal vez no he tenido yo que sufrir también mi tragedia?

—Pero,—interviene el hijo—en el balance de su tragedia y la de ella, no sería usted capaz de perdonar?

—¿Pero es que tú crees, Marcos, que cabe en este caso la palabra perdón?

—¿Y por qué no?

—Acaso la historia de España no te ha enseñado qué en muchísimos casos, las vidas no son suficientemente valiosas para cubrir una mancha sobre el honor?

Tú has leído casi todos los libros de esa bibliote-

ca y lo sabes bien. Allí, en ese país nacieron mis padres y todos mis antepasados quienes me enseñaron por tradición a castigar el deshonor con la muerte. ¿No crees que he sido muy benévolo con ella?

—Alfonso, cómo eres capaz de hablar así!

—Cálmese, madre, por favor—Dice Marcos, quien parece dispuesto a convencer al veterano—Pero, habrá usted olvidado tal vez la hidalgía de los viejos españoles, la caballerosidad de aquellos esforzados caballeros, como el Cid Campeador de los Romances y tantos otros que esparcieron el esplendor de su fama por las tierras de Valencia y de Toledo, hombres que eran capaces de retirar una orden cuando la voz de una niña indefensa clamaba piedad por su padre? Precisamente esta noche, que hace surgir en su memoria el recuerdo de todos sus ascendientes, la cena en el hogar de vuestro padre, las múltiples que hemos pasado juntos desde que fuimos siete hasta cuando quedamos tres; en esta cena, que yo bien sé usted quisiera se repitiese con frecuencia, cuando mamá se esfuerza por brindarnos lo mejor de su repertorio para halagarnos, no sería posible recibirla a ella lavada de toda mancha, templada en la fragua de una vida azarosa, llena de arrepentimiento cual hizo Jesús con Magdalena?

—Te has sobrepasado Marcos, eso es el colmo, en mi casa ella, jamás!

—¿Y por qué no Alfonso?

—Porque preferiría sacrificar mi vida a permitir que se cumpla la culminación de mi desgracia.

—¿No podríamos preguntar aquí con el Rabí de Galilea quien puede tirar la primera piedra?

—Me acusas, Marcos? Es posible que hayas venido hoy, a provocarme? ¿Quieres acaso romper la tranquilidad tradicional de nuestras cenas? ¿No es posible que la pasemos alegres como lo hemos hecho siempre?

—Bien sabe usted que no es así; desde hace dos años nuestras cenas son fúnebres, les falta algo; en vano tratamos de entusiasmarlas con nuestros chistes, con anécdotas de otras épocas, porque no podemos acudir al pasado sin recordarla, ni referir episodio alguno sin que ella se nos escape y aparezca diáfana con su traje bordado a mano cual nos acompañó la última vez. Por qué no volver a esos tiempos, por qué no perdonarla si ya ha sufrido tanto y ha demostrado junto a mí que es capaz de regenerarse? Es posible que en aras de un honor, que no conocemos si se ha mantenido incólume, la condenemos a pesar de que jamás podrá olvidar el amor que guarda a usted?

—Podréis decir lo que querráis, pero jamás la permitiré en esta casa: primero me iré yo, a pesar de que dudáis del honor de mis antepasados y me miréis como un hombre sin sentido; porque estoy seguro de que, en el momento en que ella pise aquí, he de marcharla con todas las fuerzas de mi vida. Ojalá que ello jamás suceda.

Marcos impaciente, con ese mismo temperamento que vibra en la sangre del padre ya no puede contenerse y le replica:

—Parece, padre, que la sangre española domina por completo vuestra sensibilidad.

—Como quieras. Y tú, Tina, economízate los lloriegos que a mí no me enternecen.

En cuanto a mis convicciones íntimas, yo soy infa-

bible: quizá algún día, en mi fuero interno, la perdone ante Dios, pero ante la justicia de mi honor, de la sociedad, la he de condenar siempre.

—Yo jamás habría podido creer que la justicia de Dios fuese menos poderosa que la social; parece que usted quisiera guardar las apariencias cuando sabe que ella es digna de todo aprecio. A usted sólo le interesa la sociedad, lo que digan los otros: Sus compañeros de café, el criado que sirve la mesa, los individuos que le escuchan en el parque. Lo demás no importa.

—Marcos, por favor...

—Sí, padre, ésa es la realidad. Ese es el honor que ustedes guardan, ésa es la tradición que cuidan; tradición ante los hombres, a espaldas de Dios. Se ocultan los delitos para aparecer impunes ante los demás y se confiesan ante el cura y se hayan culpables ante El. No es que yo quiera acusarlo pero esa política suya es la misma política de siempre, y no suya sino la de muchos hombres que anhelan a todo trance aparecer como honorables; debido a ello sólo se preocupan por ocultar sus faltas y condenar irremisiblemente a los que no quieren o pueden esconderlas. Eso es la Sociedad a quien usted defiende.

Doña Faustina lo mira escandalizada, inquieta; observa cada uno de sus gestos, vuelve a tomar el paño, se lo acomoda una y otra vez, balanceándose en la mecedora mientras levanta las manos como pidiendo que se calle:

—Por favor Marquitos que estás exaltado; deja eso, ya Alfonso se convencerá; no permitamos que nuestra cena se agite más de lo que está y pierda su



carácter de Navidad.

Don Alfonso la mira entre tierno y colérico y exclama dirigiéndose a Marcos en un tono forzosamente cordial:

—Es cierto lo que dice Tina, Marcos, estás muy exaltado, dejemos eso para después.

—Se queda un rato meditando y prosigue.—Si aceptásemos tus premisas, en vías de discusión, si creyésemos en la hipocresía de la sociedad, tendríamos que aceptar que con ese estado de cosas hemos vivido durante muchos siglos durante los cuales la humanidad ha progresado vertiginosamente y por consiguiente ello indica que es necesaria esa condición social.

—Ese es un concepto erróneo padre. Cuando la sociedad tenga suficiente valor para exponer sus errores y fracasos, cuando los hombres seamos menos cobardes y en consecuencia honrados unos con otros, entonces podremos poner en la picota a tanto pícaro con careta de íntegro que pregonan en los parques sus virtudes y hacen alarde de una solvencia moral que están muy lejos de poseer. Si ese estado de cosas existiera, el canalla que engañó a mi hermana no hubiera osado pisar los umbrales de esta casa. No le tema a la sociedad, padre, preséntese tal cual es; no insista en depreciar a una hija caída y regenerada porque, usted lo sabe bien, ella ha demostrado en estos dos años de lucha que la cruel lección impartida por el destino ha calado muy hondo dentro de su espíritu. Déjela, si por alguna casualidad llegare esta noche, que se acerque a nuestra mesa como lo hacía antes.

—Eso jamás, he de echarla de aquí cual si fuese un perro.

Don Alfonso González comienza a pasearse inquieto por la estancia; indudablemente desea terminar tan desagradable discusión. El está seguro de que jamás habrán de convencerlo porque es dueño de la razón; debió ser más cáustico en sus exposiciones, pero no ha perdido de vista el amor que siente por su esposa y su hijo a quien hasta ha tolerado ciertas libertades; en verdad, esos conceptos suyos sobre la sociedad tienen bastante fundamento. Cuántos pregonan en todas partes su honradez y han dejado una huella oscura por donde han pasado? Es que no puede, quisiera complacerlos, pero dentro de él hay algo que se impone y lo obliga a mantenerse firme: Es el recuerdo de sus padres, la tradición familiar.

Marcos lo mira y una onda de ternura lo invade.

“Pobre viejo, tan envejecido como se haya. Se ve que el golpe de Edelmira lo ha afectado profundamente. Ojalá cediera, ésa sería la única manera de lograr que viviese unos días más. Lástima que su terquedad española le impida transigir. Es increíble que estos dos viejos, que se quieren tanto, se estén peleando ahora por causa de Dilma. Si supieran... pero mejor es esperar”.

Don Alfonso mira indiferente el oscurecido panorama callejero desde donde surgen los recuerdos de los amigos, ya desaparecidos, que fueron compañeros de juega en su mocedad. El silencio que envuelve la Avenida Central se hace más espeso con el avance de la media noche y de vez en cuando le llama la atención la figura encorvada de alguna beata que, el paño a la cabeza y el rosario entre las manos, se dirige hacia la Misa del Gallo. Los techos de las casas, que se

vislumbran desde el elevado balcón, forman figuras caprichosas en la penumbra de la noche estrellada, mientras el último repique invita a la oración. El escucha ensimismado el sonido bronceo, y surgen a su mente escenas del bautizo de los chicos, de las novenas patronales y sobre todo de aquella misa, que está a punto de celebrarse, hacia donde acostumbraron dirigirse en víspera de Navidad hasta cuando el reumatismo, primer achaque de la vejez, marcó su punto negativo en estas jornadas anuales.

Marcos refiere a Doña Faustina sus últimas aventuras y confiesa la preocupación por carecer aún de herederos; mientras el marcial reloj, de inmenso péndulo, recorta la aparente tranquilidad del hogar con su perpetuo tic-tac.

La sirvienta entra por la puerta trasera y rasga la tensión del recinto:

—Señora, la cena está servida.

Marcos ayuda a su madre a levantarse en el mismo instante en que se escuchan pasos de alguien que asciende por la escalera.

—¿Quién será?—pregunta Doña Tina.

Y él temblorosamente responde:

—No sé, madre.

—Es aquí, comenta Don Alfonso—ojalá no sea algún borracho impertinente.—María, abre la puerta.

La hoja se abre con pausa y la figura marchita y mal vestida de Edelmira González aparece de repente. Doña Faustina presiona el brazo de su hijo y se lanza hacia ella.

—Hijita, cuánto tiempo sin verte!

Don Alfonso fija la vista sobre Marcos y éste la dirige hacia su hermana.

El rostro del padre adquiere una expresión feroz, y mira a la recién llegada en forma desafiante sin que ella lo perciba.

“Será posible que Marcos me inflija semejante desaire a mí, que lo he distinguido siempre por su seriedad y rectitud? Ellos creen haber ideado algo genial pero les he de sostener a los tres que no soy un muñeco; la he de marchar y luego me iré. Es cierto, ya no se parece casi a la muchacha que salió de aquí. Está muy cambiada. Si no hubiera sido por su terquedad, por su locura, aún sería la reina de su hogar. Pero venir aquí, cuando sabe que no quiero verla? Cómo viste, tan pobremente, y su cabello del cual ella cuidó tanto, desde aquí se me antoja marchito. Debe estar sufriendo mucho, como explica Marcos, aunque si me mira ha de decir lo mismo; se ha arruinado su vida y la mía por ese disparate. Indudablemente debo marcharla, porque de otra manera se burlaría de mí mañana cuando comente fuera lo sucedido esta noche y todo el mundo me tomará por un hombre débil. Es cierto que a nadie he hablado de ello, pero sé bien que todos comentan mi rectitud en cerrarle las puertas de mi casa. Si la recibo ahora, a lo mejor se queda a vivir y luego tornará a sus andadas y se volverá hasta una prostituta. Pero si todavía no lo es después de dos años de sufrimiento, teniendo todas las libertades que se pueden obtener en casa de un hermano, tal vez ya no lo sea. No obstante, es necesario que escarmiente. En mi casa hay que guardar la honorabilidad

sobre todas las cosas!

—Hija, cómo te va, ya me ha referido Marcos que estás trabajando de oficinista, y ganas buen sueldo. Parece que no olvidaste lo que sabías,—comenta Doña Tina entusiasmada y llorosa.

Marcos paulatinamente se ha ido acercando, pues quiere, cuando Don Alfonso actúe, estar junto a ellas para evitar cualquier acto desagradable. El veterano permanece de pie, silencioso, con la mirada fija en una esquina del comedor cual si fuese una estatua de piedra. Sus facciones revelan la lucha interna que sostiene y sus manos, apretadas contra el marco de la puerta, indican el gran esfuerzo que realiza.

“Yo no debiera ni siquiera insultarla, sería mejor que me fuese, los dejara con su alegría, que devoraran su cena y yo me tragara mi cólera y mis sentimientos: (En ese instante levanta la cabeza y sorprende los ojos de ella fijos en él; involuntariamente se estremece y distrae la vista hacia otro sitio) esos ojos no han perdido el brillo que siempre me atraía, ese brillo con que yo gozaba cuando, al referirle alguna historia excitante, sus ojitos centelleaban con la pregunta “Verdad Papá?”. Por qué haría eso? tan felices como éramos entonces; ni vivía sino para complacerla, a veces hay que pensar en el destino; pero que haya sido tan cruel conmigo! Y ella, por qué me ofendería así? Por qué? Son cosas que a veces me vuelven loco y que resucitan a cada rato por más esfuerzos que hago de olvidar. Qué distinta a la noche aquella, la última por cierto, en que se sentó a la mesa: yo mismo la había acompañado para que escogiera la tela y recomendé, des-

pués de largas discusiones, la moda que debería usar y luego le traje esa rosa encarnada que adornaba sus cabellos. Los aretes, por allí creo que andan, se los habían obsequiado para su cumpleaños; y su enorme muñeca de loza, tan cara, quedó también casi sin uso. Todo por su capricho, por olvidar mis consejos. Por engañarme.

—Sí mamá, creo que ahora voy a trabajar bien; la dueña del almacén desea que le lleve los libros. Y usted cómo está? tengo días que no la veo y mi papá?

Don Alfonso se sintió estremecer; hacía muchos años que no había oído de sus labios ese nombre. La tonalidad argentina de esa voz, que era aún la misma, hacía dos años que sólo había dejado un eco persistente el cual, con el transcurrir de los días, se había ido apagando.

—Pero mamá, tú no crees que debo pedirle perdón a mi papá? He venido a eso, a llevarme su absolución o su condena.

—Espera un poco hija, responde Doña Faustina inquieta—déjalo que le pase la impresión.

—Yo lo conozco madre, su resolución ya la habrá tomado.

Edelmira se suelta de la madre y antes que Don Alfonso lo pueda evitar cae de rodillas a sus pies.

—Padre —le dice— mientras las pupilas azules se cuajan de llanto —he venido a buscar mi aguinaldo y quiero que él sea su perdón.

Involuntariamente sus ojos también se empañan y la figura de Edelmira se diluye en aquel húmedo pliegue de ternura contenida; el tiempo pierde realidad

y gira muchos años atrás, cuando la chiquilla de los bucles dorados, sentada a las piernas del padre exigía un último cuento para irse a dormir. Cuando, tomada del brazo, recorría las playas de Bella Vista interrogando a cada instante sobre los múltiples motivos que llamaban su atención.

La hija lo observa detenidamente y siente sobre su espíritu todo el acíbar que le ha hecho saborear; lo contempla con la cabeza inclinada, los ojos húmedos, aquellas hondas arrugas que circundan sus mejillas y terminan en la boca, esos ojos medios hinchones cuyos párpados permanecen abultados. Comprende cómo él ha ido decayendo vertiginosamente desde el día aciago en que ella abandonó la casa. Piensa que ha venido a revivir toda esa tragedia, a lastimar una herida que tal vez comenzaba a cerrarse; desea vehementemente ser perdonada, pero siente ímpetus de huír, de dejarlo con sus conceptos porque tal vez así sufrirá menos.

Madre e hijo contemplan temerosos el cuadro en espera ansiosa de un trágico final, cuando ante la estupefacción de ellos y la sorpresa de Edelmira, Don Alfonso exclama:

—Levántate hija, vamos a la mesa.









## LA MUÑEQUITA DE EVA

La silueta de la Mamita Agustina se destaca, arrugada y enjuta, entre el humo que emerge de los tizones encendidos, apresados por tres piedras oscuras; se encuentra frente a ella la comadre Rufina, quien ha llegado en solicitud de una “yerba” para curar la tos de Anastacio, el hijo enfermizo.

—¿Y qué es de Evita, Ña Agustina?

—Por ahí anda. ¡En verdá yo no se que voy a hacel con esta muchacha, es tan distinta a too er mundo! No quiere estar más que viendo esos papeles que Chinto trae der pueblo y disque se pone a leer. Viera usted, no corretea como los otros mocosos por los barrancos, ni le tira piedras a los pájaros, ni le gusta trepar por los palos. Yo creo que está enferma.

—¿Por qué no la lleva a onde er mestero Santito?

—Ya se la he llevao, comadre, dice que no tiene naa; que la muchacha es distinta porque tiene sangre de siudá. Parece que ha sacao más der tata que de nosotros.

—¿Y quién es er tata?

—¿Pos cómo lo voy a saber si la finaa nunca me lo dijo? Se que es der pueblo, de la gente grande, pero nunca lo he podío conocel. Lo único que ví fue que en los días der parto le mandó mucha plata...— La Mamita da tres chupadas a su cabo de tabaco Chiricano y deja escapar una bocanada de humo que se levanta en caprichosas espirales hasta el jorón. Luego echa un vistazo por el patio y grita:—

—¡Eva, Eva! ¿A onde tas?

—Anda por la quebrada — responde desde el otro bohío Chinto, quien desgrana una carga de frijoles que ha de llevar a Nicolás, el Chino del pueblo.

—¿No le decía, comadre? se va a la quebráa y se ta largo rato tiráa en er suelo como dormía, viendo las mariposas, los pájaros, como si conversara con ellos. No dice sino que cuando vaya a la escuela va a aprender mucho para leer esos papelotes y escribil cartas muy bonitas.

—Eso si que es raro, Ña Agustina; los otros muchachos no gustan de la escuela ni pintáa en paré y hasta hay que pegarles pa que vayan. ¿No le parece?

—Así es; toy esperando a la maestra que dice que llega hoy pa ve si se la mando allá... Allí viene Eva, mírela.

Era una niña de ocho años, mas blanca que co-briza, de pelo castaño, y de unos ojos claros que daban

una impresión distraída, cual si mirase por encima de las cosas.

Grácil, inquieta, venía saltando por el camino y su boca, botón de rosa, decoraba una sonrisa donde se traslucía la albura de sus parejos dientes.

—Mira Mamita, estuve en la quebráa y ví una mariposa así de grande —y hace la demostración con las manos— y que bonita te digo, cuántos colores, y tenía unos pelones largos aquí por encima de la cabeza, casi la cojo, pero un “sangre e toro” me la espantó.

—Allá era a onde tabas, flojísima, y yo gritándote pa que me vinieras a espurgá er arroz? Anda y dile a Chinto que te de una totumáa y lo echas en la batea. Apura.

\* \* \*

Aquel mismo día Dorita Barrios, la nueva maestra del Bejucal, se bamboleaba sobre una vieja cabalgadura, acurrucándose todo lo posible para defenderse de la lluvia menuda y pertinaz que hincaba su huella glacial en aquel rostro sonrosado. Al vaivén de la bestia, iba madurando sus pensamientos, que chocaban desde ahora con el panorama selvático y hostil que aparecía por todas partes.

Recién egresada del colegio, llevaba su cerebro atiborrado de planes que surgían en estos momentos, durante el dificultoso ascenso hacia el poblado, punto inicial de su carrera. El guía, un cholo nativo, conducía del cabestro a la yegua enclenque en donde iba el equipaje. Silencioso, meditabundo, rumiando tal vez sus propios pensamientos, guardaba un continuo silencio, el cual solamente era interrumpido cuando la

maestra interrogaba:

—Mire señor, ¿cómo se llama aquel caserío tan bonito que se divisa allá abajo?

—¿Cuál señorita?

—¿Ese que se mira por encima de las palmeras, de donde sale aquel humito?

—Ese es Cordillera, a onde viven los Aparicio.

—¿Qué árbol es éste?

—Macano señorita, lo usan para los jorcones de los ranchos porque no se pudren naitica. Mi tata puso unos, y cuando yo cambié la casa pa la loma, a onde vivimos ahora, taban como er primer día.

Después de una larga pausa, durante la cual la nueva maestra se esforzaba por decir algo que rompiera el mutismo de su compañero de viaje, fue el cholo quien al terminar el ascenso de una cuesta, habló:

—¿Señorita, usted ve esa cosa blanca que está en aquel cerro?

—¿Cuál?

—Héchese a un laito, mire por aquí por er hueco ése que está entre er barranco colorao aquél, una cosa que brilla.

—Ah, si, si...

—Esa es la escuela.

—¿Cómo! ¿todavía tenemos que andar tanto?

—Sí señorita, cuando el sol esté aquí—y hace un ademán con el brazo—llegaremos, faltan como dos horas.

La lluvia seguía desmenuzándose y una brisa fría, que se clavaba en la carne, comenzaba a soplar.

Dorita guardó silencio, pensó en sus últimos días de escuela, en los preparativos de la graduación, el dis-

curso de la Directora. Cómo ensalzó la labor del maestro! En realidad la directora tenía un estilo oratorio magistral, les demostraba un cariño tan profundo a las alumnas graduandas! Sería tal vez porque abandonaban el plantel o porque les esperaba una vida ruda, en lucha constante contra una serie de dificultades que ya veía presentarse. Pero nada recuerda con más emoción que al profesor Gutiérrez; tan bueno, tan preocupado siempre con sus alumnas. Era un misántropo, y sus ojos tristes, sólo se alegraban cuando les conversaba; de allí volvía a encerrarse en su mutismo, en una melancolía casi trágica. La noche en que los profesores nos agasajaron fué él quien habló; tal vez ellos lo prefirieron así, para darle la oportunidad de exponer una serie de cosas que no se había atrevido a decir anteriormente. Con cuánta elocuencia se expresó aquella vez! Algunos opinaron que ello era producto de una pasión secreta que guardaba hacia Rosalía, pero en mi concepto se debió al gran cariño que le inspiraba el grupo. Aún sus últimas palabras vibran en mi cerebro porque fueron dichas en un tono tembloroso que parecía se fuese a romper en algún momento.

“Van ahora, les dijo, a conocer la verdadera profesión, a sufrir muchísimas penalidades que irán templando sus espíritus, formándoles una verdadera conciencia de maestras”.

Era cierto, ya lo veía, desde que la nombraron y llegó al pueblo se iniciaron las dificultades; hubo de rogar a un sinnúmero de personas para que le pudiesen alquilar los animales que efectuarían el viaje, luego esta jornada tan larga, sin haber montado jamás. Cómo reirían las muchachas si la vieran zarandeándose

cual un muñeco. Felizmente pudo disuadir a la vieja; qué iba a hacer aquí? Ya vendría molida como ella, con la cintura destrozada y con ganas de tirarse al suelo. Pobrecita madre, cómo lloró el día de su graduación. La abrazó temblorosa y balbuceó algo que no pudo entender...

—Señorita! Jálele la rienda a la bestia si no quiere desbarrancarse por er pretil.

—Gracias señor—respondió despertando sobresaltada.

\* \* \*

Así fue como Dorita Barrios llegó aquella tarde al Bejucal, empapada, tiritando de frío, pero con una divina sonrisa a flor de labios que robó desde ese instante el alma de los cholos que fueron a recibirla. Chiquilla aún, ya que alborzaba entre los diez y seis abriles, tenía una inquietud de muchacho travieso y una curiosidad de viejo sabio.

Perspícaz e inteligente, comprendió a los pocos días de su llegada la dolorosa realidad escolar y sintió destrozados todos aquellos planes, que amasara con tanto cariño en el aula de clases, y miró derruidas cada una de las elocuentes teorías con que los profesores quisieron aquilatar sus dotes de maestra. Perdida la novedad de aquellos panoramas extraños, los días se sucedieron largos y monótonos, durante los cuales se afanaba por comprender las causas de la realidad circundante. Estas observaciones, este estudio metódico de sus alumnos, la llevó a la triste conclusión de que todo esfuerzo es vano cuando el hambre y la enfermedad minan el cuerpo del niño. Quiso hallar al-

guna solución, pero las notas de sus superiores jerárquicos le hicieron comprender que las escuelas rurales están irremediablemente atadas a una rutina negativa de la cual es imposible apartarse.

De allí su desesperación cuando las explicaciones elementales no llegaban al entendimiento del campesino y su amargura, que muchas veces se traducían en llanto, cuando no podía inculcar enseñanza alguna a sus párvulos. No obstante, la angustia de lo que ella a veces llamaba incompetencia, era recompensada luego con la alegría de corretear por el patio, rodeada de sus chiquitines para quienes entonces ella era una igual, sobre todo para aquella Evita, emotiva y traviesa, flor exótica entre las masedumbres ambientales. La llamaba "La Soñadora", porque a veces se perdía, con la vista lejana, grabada en la vaguedad de la distancia, para despertar luego sorprendida, cuando alguna voz amiga la volvía a la realidad.

Los campesinos que veían actuar a la maestra e ignoraban su tragedia, le cobraron cariño y la convirtieron en el tema cotidiano de sus conversaciones a la puerta del rancho a prima noche, o la orilla de la quebrada mientras se lavaba la ropa.

Por eso aquella tarde todos atendieron la invitación que les hiciera, para celebrar la Noche Buena con una fiesta, durante la cual serían obsequiados a los niños algunos regalitos que ella había comprado con las economías del exíguo sueldo. Allí estaban todos los padres complacidos y curiosos, comentando mil incidentes que refirieran los chicuelos en sus casas, deseando cuanto antes escuchar el timbre de aquella voz, clara y dulce, que sonaba musical al oído de los cholos.

Los chicos a su vez, no despegaban los ojos de las bolsitas que pendían del árbol de Navidad, si tal nombre pudiera darse a la rama de un corotú que ella había colocado en el centro del salón. Allí estaba también Eva, puestos los ojos en la maestra, tratando inutilmente de interpretar sus gestos y miradas.

Qué contenta estaba Dorita; se sentía emocionada cual si hubiese obtenido un grandioso triunfo.

Este estado de ánimo fue causa de que imprimiera a su peroración de Navidad un tono magnífico, que trajo al niño campesino un minuto de tranquilidad espiritual y regocijo; y fue porque usó el lenguaje del infante, la ternura de la madre, la suavidad del apóstol. Definió con singular sencillez el bien y el mal y, sin darse cuenta, porque ya la realidad se había escapado de su espíritu, trazó un compás de duda en el alma de los chiquitines: "Quizá ellos fueran malos, por eso el Niño Dios jamás había llegado". Luego, en el máximo de sus inspiración, se los pintó bajando entre las nubes, cargado de juguetes, para dejar en cada hogar un regalito. Este pasaje incendió muchas almas y la de Eva comenzó a quemarse entre las llamas de la fantasía; por eso cuando Dorita puso fin a su improvisación y los cholos atronaron el aire con sus aplausos, ella se le acercó y, estrechándola como para tomar aliento, preguntó con voz temblorosa:

—¿Señorita, a mi también me traerá el Niño Dios un regalito?

—Sí, Eva, sí; vas a ver que mañana lo tendrás.

La chiquilla no escuchó más y de un salto se perdió entre la muchachada que se disputaba los confites.



Ya avanzada la tarde, cuando los cholos se regaron por los caminos cual semillas de arroz entre los surcos, la inquieta niña junto al Tío Chinto, sentía una alegría inconcebible dentro de su ser y su almita soñadora seguía pensando, pensando...

No oía los comentarios de los otros que con ella iban, no escuchaba el ruido del viento entre la enramada, ni las carcajadas de los muchachos que se precipitaban loma abajo: sólo miraba hacia adentro y pensaba en su noche...

Ella quiere que las horas pasen vertiginosamente, que el sol se esconda tras la punta de Loma Larga, que las gallinas se suban a los árboles de la huerta, que el "currutoi" cante, que la oscuridad se trague el rancho, que la Mamita Agustina termine su conversación de siempre, y buscando el rosario viejo y reventado que quien sabe cuantas historias tendría, iniciara su rezo y la mandara a dormir...

Qué noche más dulce sería aquella... apretaría los ojos con fuerza para soñar mas ligero y se arroparía bien para que el frío no la despertase. No quiere que la luna se asome por la cumbre del cerro porque el Niño tendrá miedo a que lo sorprendan y dejará de venir. El Manchao y Revellín deben estar lejos también, pues con sus latidos lo habrían de asustar: y la michita que se enfurruña cuando ve algo, ojalá permaneciera dormida entre las cenizas del fogón. Tampoco el viento debería soplar; todo mejor que se estancara, que se detuviera el ritmo de las cosas y hasta el corazón dejase de latir por un instante. Entonces, silenciosamente, entre la total ausencia de ruidos,

el Niño Dios vendría despacito y tal vez le trajera su regalo.

Un trepezón la hizo volver en sí y la voz del Tío Chinto acabó por asustarla:

—¿Qué te pasa niña, te sientes mal? parece que te hubieras guerto moga. Tú que eras tan conversona no has dicho naitica desde que salimos de la escuela. (Ella no responde, no puede hablar, prefiere cualquier reprimenda a romper el encanto de su fantasía).

Ya llegan al rancho donde la Mamita Agustina los espera apoyada en el palenque, con su cabo pendiente a los labios y la pollera arremangada a la cintura.

(La sombra de los cerros se extiende sobre el valle y el cielo va perdiendo la placidez de su azul. El viento se torna más frío y penetrante, mientras en el camino sinuoso de la sierra se recortan las figuras de los cholos que regresan al hogar).

La inquietud de Eva asciende con un ritmo veloz: mira todo cual si fuese nuevo y la obsesión de su noche feliz casi la fatiga.

(La impresión verde de los árboles se diluye en una inmensa mancha oscura y los ranchos lejanos van abriendo sus ojos de fuego en la negrura deforme del paisaje).

\* \* \*

Después de la cena, igual que otras veces, entre el recorte de luz que deja la guaricha al escaparse sobre el patio, se encuentran la Mamita Agustina, el Tío Chinto y el compadre Julián quien ha venido esta noche. Eva, sentada sobre un molde de armar sombreros

de bellota, se recuesta junto al horcón para seguir rumiando sus ilusiones.

Los temas se suceden en la charla nocturna y la chiquilla, tan atenta otras veces, mira impaciente como se alargan las historietas que parecen infinitas. Hoy no le interesan los comentarios de la fiesta escolar, ni el susto que infundió una bruja al Tío la Noche Buena del año anterior cuando hubo una cumbia donde Patricio, ni la conversación del compadre sobre los rumores que circulan por el pueblo, ni la amena charla de la Mamita sobre las "cosas que sucedían antes" que otrora la deleitaran. Ella sólo quiere dormir, esperar el momento sublime y después, después no importa lo demás...

Al fin, tras la oración de siempre se extingue la luz de la guaricha, el rancho se agiganta entre las sombras y el silencio, que hace unos minutos pusiera su nota muda en las leyendas nativas, se va apoderando de todo.

Eva se ha colocado junto a la boca del jorón con una gran inquietud que le arranca el sueño de los ojos. Se arropa, se encoje y estira, la mortifica por primera vez la incomodidad de una cama dura, los delgados carricillos que se clavan en la carne, la falta de un cojín bajo su febril cabecita. El ronquido de la Mamita Agustina llena todo el jorón, y se clava en sus sienes de niña soñadora. Al fin, después de un millar de vueltas, de apretar inúltamente los párpados, se queda dormida con la inocencia de una angelical sonrisa grabada en los labios.

Sueña...

Sueña con el mensajero de la Noche Buena. Lo mira rubio, parecido a los duendes de los cuentos, ascender sin pisar la escalinata, envuelto en una nube blanca, con una mochila grandota, que pareciera no pesarle. Qué lindo es! Cómo se pierden sus manitas entre los bultos que trae! Busca y rebusca entre el montón de paquetes hasta que al fin saca un bultito blanco, lo coloca al lado de ella y, después de besarla dulcemente, se escapa por donde vino. Ni un ruido, ni una bullita, nada. Ni los ladridos de los perros, ni los maullidos de la gata; nada había turbado la tranquilidad de la noche. El escogió el momento preciso para llegar, y Evita, aunque quizo abrir una y otra vez los ojos, no pudo.

\* \* \*

La mañana va apareciendo por la cima de los Naranjos y un gallo rojo saluda con su canto al sol. La Mamita se despierta entre estirones y dolamas, mira detenidamente a la niña que duerme apacible y de una sacudida la desprende del cielo en donde sueña y la hace caer en la realidad de un cuerpo acostado sobre una empalizada de carrizos. Ella inmediatamente da un manotón para alcanzar su bultito, pero todo está lo mismo que ayer... Busca por todas partes; levanta las mantas, los puños de arroz hacinados a su cabecera, el saco blanco que le sirve de baúl, la bolsa de ir a clases, en fin todos los sitios en donde se pudiese esconder una muñeca porque, quien sabe si el Niño Dios fuera travieso también y, para jugar con ella, hubiese escondido el regalito. Pero la realidad desmentía una y otra vez todas sus suposiciones: No

había venido. . .

La Mamita la mira impaciente y con un brusco arranque la saca de sus cavilaciones:

—¿Qué buscas? ¡Pasa a pilar, floja!

La niña baja lentamente, lleva en su rostro marcada la distracción del sonámbulo, cual si aun no hubiese terminado de soñar. Toma perezosamente la bangaña de arroz en cáscara, la derrama sobre el pilón y coge la “mano” por la cintura que tiene en medio e inicia la tradicional salmodia matutina.

Hoy Eva no pila con el mismo entusiasmo de ayer; su cabecita trabaja febrilmente y una cosa que asciende por el pecho quiere “atajarle el resuello”.

Es que el Niño Dios no había venido. Tal vez no se acuerda de los cholos que viven en la montaña y sólo visita los pueblos en donde la gente tiene plata y hay muchas tiendas con juguetes. Qué bonitas tiendas, cuántas muñecas! La otra vez que bajó al pueblo cómo estaba la vidriera del Chino Antonio! Tenía pitos, carros, muñecas y unas mediotas llenas de quien sabe cuántas cosas! Allá, si El no se acordaba de los niños, seguramente el papá le compraba los juguetes. Su papá... Pero quien era su papá? Cómo lo iba a saber si nunca se lo habían dicho? Alguien le explicó que era de una familia principal, pero ella no lo creía. Cuando su mamá estaba viva jamás le contó algo de eso y ahora el Niño Dios tampoco se acordaba de ella. Si su mamá no hubiera muerto... Tan buena, siempre que bajaba al pueblo le traía unos cuadritos de chocolates envueltos en papel de colores. Una vez se la llevaron en una hamaca,

para la época de la tos, y a los pocos días regresó la Mamita y le dijo que se había muerto. Si el Niño Dios hubiera venido! Y ella que no le había pedido gran cosa: Una muñequita solamente, eran tan lindas! Con sus ojitos azules que se cierran y se abren, con su pellejito rosado parecido a las manitas del Niño Dios como ella lo vió anoche. No la quería como la de Florentina, la hija de don Francisco el del pueblo. Esa si era tamaña! Y tan inteligente que decía "mamá". Ella se hubiera alegrado con una chiquita, aunque fuese del tamaño de una mazorca, y no tuviera traje bonito, y no dijera "mamá" y tampoco abriera o cerrara los ojos. Ahora la tuviera aquí cerquita, al lado del pilón, sin quitarle un momento los ojos de encima para que no se fuese a esconder. Después, con un trapo viejo, de esos que le da la Mamita para coser, le hubiera hecho una camisa, llevado a la escuela, y muy orgullosa, enseñado a las niñas su regalo de Navidad. Qué alboroto! Cuánta alegría! Panchita, Juanita, y Chon seguramente que se pelearían por cargarla primero; pero ella, antes que nada se la llevarían a la Srta. Dora quien, sin duda, la tomaría en sus brazos y acariciándola, la bailaría mientras le hablaba chiquito como hacía con Toñín el hijo de Faustina. Luego se la daría Chon para que la pusiese en medio de la banca y aprendiera también las cosas que dice la maestra. Cuando tocaran la campana para el recreo todas la cargarían un ratito, bailarían "El Mirón" en el patio después de hacerle sillitas de mano, como cuando llevan al salón la hermanita de Serafín; y al salir, en el despegue de los ca-

minos, Panchita la llevaría hasta la punta de la Loma desde donde ella la traería a casa. Qué diría entonces la Mamita Agustina, quien se vanagloriaba muchas veces de haber encontrado a la subida de Cerro Largo al Duende, que no se espantó al ver una bruja de pelo largo colgada de la rama de un calabazo y sorprendió a la tulvieja cuando se comía el arroz en la cocina? Seguramente daría tres chupadas a la "cuecha", echaría un "buchao" de humo, lanzaría un escupitajo, se quedaría con la boca abierta y los ojos muy pelados, lo mismo que hace cuando Chinto le trae un noticia del pueblo. Le diría entonces: "Niña. cuéntame cómo fue éso? a mí nunca me había pasao". "Ave María Purísima, eso sí es un milagro" "Tu eres un ángel ya yo lo había dicho, eres muy buena". "Cómo te quiere el Niño Dios, a tí ha sólo la única por aquí a quien le ha traído algo" "Chinto corre, corre, ven a ver, mira lo que ha pasao a Evita; hay que avisale a toa la gente, a comadre Cipriana, al compa Julián y al tatica Pancho". "Pero Niña, cuéntame como fue éso"... Y ella le referiría pedacito por pedacito lo sucedido.

Entre tanto, distraídamente miraría a su muñeca para que le hiciera señitas con los ojos. Luego, con un paño le confeccionaría una hamaca para descansar en la tarde y, al anochecer, cuando la garúa llegase y clavara la frialdad de sus uñas por todas partes, se la metería en el pecho para que estuviese tibia.

Pero el Niño Dios no había venido y sus ojitos chocolates se enjoyaron de llanto...

# BIBLIOTECA SELECTA

## CUADERNOS PUBLICADOS

- 1 VOCACION FILOSOFICA DEL Dr. J. AROSEMENA  
por el Dr. J. D. Moscote
- 2 PANAMA, PAIS Y NACION DE TRANSITO  
por el Dr. Octavio Méndez Pereira
- 3 INTRODUCCION AL CUENTO PANAMEÑO  
por Enrique Ruíz Vernacci  
y cuentos de Salomón Ponce Aguilera,  
Darío Herrera y Ricardo Miró
- 4 "TODO UN CONFLICTO DE SANGRE"  
"A la Orilla de las Estatuas maduras"  
dos cuentos de Rogelio Sinán
- 5 SIETE CUENTOS MEXICANOS  
Selección y Nota Preliminar  
por Manuel Maples Arce.
- 6 EL CIEGO DEL BULABA  
Novela corta inédita  
por Alfredo Cantón.
- 7 LA CERCA DE PIÑUELAS  
Novela corta inédita  
por Julio B. Sosa.
- 8 PANAMA ES UNA TACITA DE ORO  
novela corta inédita  
por Fito Aguilera
- 9 TRES CUENTOS  
por José María Sánchez B.
- 10 LEYENDA E HISTORIA  
por Ernesto J. Castellero R.
- 11 VIERNES SANTO BAUTISTA Y OTROS CUENTOS  
por Juan O. Díaz Lewis
- 12 CUENTOS DE NAVIDAD  
por José A. Cajar Escala



— C O M P A Ñ I A —  
P A N A M E Ñ A  
D E  
F U E R Z A Y L U Z

Siempre a sus órdenes

PANAMA

COLON

Mario Galindo y Cía., S. A.



Materiales de construcción.  
Ferretería en general.  
La pintura de mejor calidad.

Ave. Norte 71



Teléfono 119

**VILLANUEVA  
Y TEJEIRA**



**CORTESIA**

## **FARMACIA SELECTA**

**Magnífico surtido de medicinas de patente**

**PERFUMES**

**COSMETICOS**

**PRECIOS RAZONABLES**

**Teléfono 66**

**Calle "T" No. 4**

## **EL BUEN VECINO, S.A.**

**(Carretera del Aeropuerto No. 60)**

**GUAYABERAS, PIJAMAS, PANTALONES Y**

**UNIFORMES PARA NIÑOS Y HOMBRES**

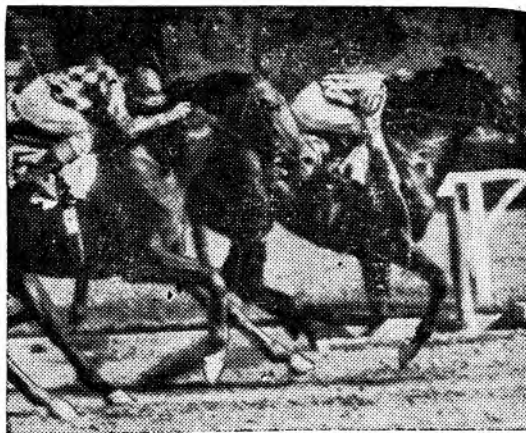
**Gerente General: Raimundo Ortega Vieta**

**Teléfono 2732\_J**

**Aparado: 572**



La Super Cola  
**Canada Dry**



## **Carreras de Caballos**

**GANADOR • ONE TWO**

**QUINIELAS • DUPLETAS**

**Gane dinero y goce de un  
Soberbio Espectáculo**

**todos los**

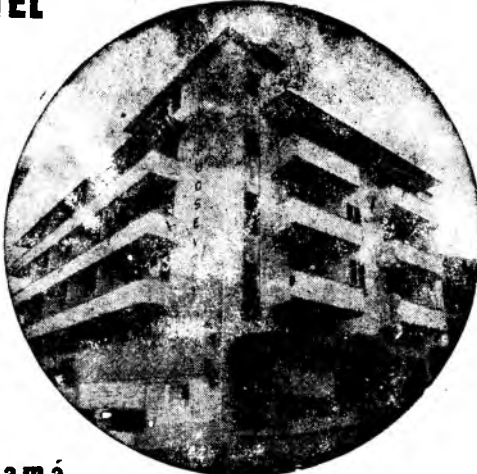
**SABADOS Y DOMINGOS**

**en el**

**Hipódromo de Juan Franco**

**HOTEL**

**R  
O  
O  
S  
V  
E  
L  
T**



**Panamá**



**IMPRESA DE LA ACADEMIA**  
**IMPRESIONES — ALTO RELIEVE**  
**PROCESO DE LITOGRAFIA**  
**RAYADO — ENCUADERNACIONES**

Calle Juan B. Sosa, No. 8      Panamá, R. de P.

LECHE MARCA  
**''AMEGLIO''**

HELADOS  
**''SUAVEL''**

Cía. Suavel de Helados y Leche, S. A.  
Calle Juan B. Sosa No. 5  
. Tel. 2066  
P A N A M A , R . P .

*Angelini*

Teléfonos 887—1687

Avenida Central 179

COMERCIANTES EN LICORES DESDE 1890



## **RADIO MIRAMAR**

- Buenos programas
- Música selecta

**S I N T O N I C E L A**

**630 kilociclos**

**Onda Corta**

**750 kilociclos**

**Onda Larga**

Los cuentos publicados en Biblioteca Selecta serán  
leídos a través de nuestros micrófonos de 10.15 a  
10.30 p.m., todos los días, menos los domingos.



**Mueblería La Garantía**

CALLE "T" No. 4

L E A

**"Mundo Gráfico"**

TODOS LOS SABADOS

Catorce años al servicio de la comunidad  
forman su mejor crédito

MUNDO GRAFICO, S. A.

Aparta 912

Panamá, R. P

**Café**

**ASTORIA**

CORTESIA

**MUEBLERIA**

**TUÑON**

Ave. Central y Calle 13  
(Edificio San Roque)

Muebles Cómodos y  
elegantes a precios  
especiales

COMPRE SUS  
MUEBLES  
CON TIEMPO

Aproveche nuestros  
precios especiales

Compre sus Vinos y Licores para  
la Pascua en la

**CASA DURAN**

SERVICIO A DOMICILIO

Teléfono 426

Ave. Central y Calle 18 Este

Ave. Central y Calle 25 Este

## **LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA**

Todos los Hospitales y establecimientos de caridad  
de la Republica se sostienen con el producto de  
LA LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA

PRUEBE SU SUERTE COMPRANDO TODAS LAS  
SEMANAS BILLETES DEL SORTEO ORDINA-  
RIO Y DE LOS "3 GOLPES"

### **No Compre Chance Clandestino**

Protejase Ud mismo y ayude a los necesitados  
comprando unicamente billetes de la LOTERIA  
NACIONAL DE BENEFICENCIA DE PANAMA.

RECUERDE QUE LOS SORTEOS EXTRAOR-  
DINARIOS SON UN EXITO.

# BIBLIOTECA SELECTA

dirigida por **ROGELIO SINAN**

Si quiere Ud. formarse una idea exacta de nuestra joven literatura colecciona desde hoy la Biblioteca SELECTA. En cada entrega le daremos a Ud. textos completos de los mejores escritores del Istmo con noticias sucintas de su vida y sus obras.

Si desea conocer lo más selecto de la literatura mundial adquiera cada mes los cuadernos de Cultura SELECTA. En cada número publicaremos la obra más significativa de los mejores escritores del mundo.

Coleccione la Biblioteca SELECTA. Ella le brinda un panorama completo de la literatura universal en ediciones modestas y económicas, impresas con la mayor pulcritud.

SELECTA aspira a divulgar la cultura, reduciendo los precios y brindándole al mayor número de lectores lo más interesante de la literatura mundial.

Adquiera siempre la BIBLIOTECA SELECTA y recomiéndela a sus amigos. Solicítela en los puestos de venta o en nuestras oficinas, Avenida Ancón 73, Apartado 3181, Teléfono 1436-L. Panamá, Rep. de Panamá.

**Precio de Suscripción**  
**B. 1.50 al Año**